

EL SITIO PARA TU BIBLIA

Por Rogelio E. Pérez Díaz
Usado con permiso

En cierta ocasión preguntaron a un conocido erudito en asuntos bíblicos en qué sitio colocaría la Biblia en su biblioteca personal, a lo que él respondió:

-“Creo tener en mi biblioteca un estante especial en que guardo los libros más importantes. Realmente hay muchos tomos, que me han sido de gran utilidad, acumulados allí. Pero no creo que ese sea el lugar apropiado para mi Biblia. Ella es mucho más que un “libro importante”. En otro estante tengo clasificados y ubicados los grandes libros de todas las ciencias. Tampoco creo que allí haya sitio para mi Biblia. Aunque ella ha sido fuente de casi todos los libros que se han publicado sobre las ciencias, no creo, definitivamente, que pueda ser clasificada en la categoría de un simple “libro de ciencias”. Es evidente que las ciencias surgieron, más bien, para hallar una explicación extra bíblica a los fenómenos del universo desde que este surgió hasta nuestros días. Pero todavía no existe una ciencia ni un libro escrito sobre alguna de ellas que haya logrado tal propósito. No, estoy seguro que este no es el sitio apropiado para colocar mi Biblia. Tengo también un inmenso estante en el que están colocados todos los clásicos de historia que me he llegado a leer. Pero mi Biblia no es un “libro de historia”. Aunque ella marca el comienzo y fin de toda la historia universal resulta mucho más que eso. En otro sitio guardo casi todos los libros de aventuras que se han escrito. Aunque ella narra las aventuras más maravillosas que haya leído jamás, la Biblia no es un “libro de aventuras”. Definitivamente, creo que no hallo clasificación posible para mi Biblia. Si he de guardarla en mi biblioteca, he de hacerme un estante nuevo. Un estante para poner un único libro, porque la Biblia es, evidentemente, un libro único y en ese estante solo hay sitio para ella.”

Aunque pienso que el referido erudito tenía mucha razón, debo agregar algo al respecto: Creo que no hay estante capaz de contener la Biblia. Porque la Biblia no ha sido escrita para ser colocada en un estante. La Biblia es un libro vivo, porque es el libro que nos da la palabra de un Dios vivo. La Biblia describe el plan de ese Dios vivo para redimir al hombre caído.

A ningún zoólogo se le ocurriría ir a las praderas de África y traerse un león vivo para colocarlo en algún museo, al lado de innumerables animales disecados, y colocarle un cartelito encima que diga “el león, Rey de la Selva” ¿Le parece absurdo, verdad? Pues más lo es “clasificar y archivar” la Biblia.

La Biblia es, además, un libro ciento por ciento veraz. Es del único libro del que se pueda afirmar tal cosa. La evidencia objetiva más fuerte de la veracidad de la Biblia, aunque hay otras muchas, es la existencia del pueblo judío. Veámoslo, aunque superficialmente, pues en otra ocasión trataremos el tema con más profundidad. Sólo lo haremos ahora como prueba de la autenticidad de las Escrituras.

Hace alrededor de cuatro mil años, Dios llamó a un hombre llamado Abram y le hizo estas promesas, que aparecen en Génesis 12:1-3 *“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”* Y, más adelante, en Génesis 13:14-16 *“Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada.”*

Dios prometió a Abram, quien luego llegó a llamarse Abraham que significa “padre de una multitud” de naciones (Génesis 17:5 *“Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes.”*), básicamente, cuatro cosas:

- 1ro- Que haría de él una gran nación,
- 2do- Que engrandecería su nombre,

- 3ro- Que sería una bendición para todas las naciones, y...
- 4to- Una tierra que siempre pertenecería a sus descendientes.

Entonces, en Génesis 15:7-17, Dios confirma su pacto con Abraham. Es el único pacto unilateral del que se tenga conocimiento, pues solo Dios lo confirma y no le pide a Abraham que lo haga. Pero este tema también lo trataremos en otra ocasión.

Prosigamos. Tan solo unos siglos después del referido pacto, ya la gran nación judía había aparecido. Y, con una población de millones de habitantes, estaba a punto de entrar a la tierra prometida. Es en este momento que Dios, por medio de Moisés, les hace un grupo de advertencias (ver capítulos del 28 al 33 de Deuteronomio).

En esencia, Dios le advirtió que, ante la desobediencia, usaría otros pueblos para sacarlos de la tierra, si eran rebeldes a sus mandatos. Y, además, predijo que serían esparcidos por toda la tierra como peregrinos y extranjeros en países desconocidos y no hallarían reposo en su peregrinación. Pero siempre dejó abierta la posibilidad de que si se volvían a él, los devolvería a su tierra.

Los judíos, como era de esperarse, por su rebelde naturaleza humana, cayeron en la idolatría y fueron, como había sido predicho, sacados de su tierra. Primero fue el rey Nabucodonosor, que los llevó cautivos a Babilonia alrededor del año 600 antes de Cristo, regresando de nuevo alrededor del 535 a.C.

Nuevamente hubo una segunda deportación. Esta ocurrió en el año 70 d.C. cuando Tito, después de destruir Jerusalén, dispersó al pueblo por todo el mundo conocido. Esta vez, por casi 1900 años, vagaron por la tierra como extranjeros y perseguidos en todas partes. Esta segunda deportación duró hasta el 14 de mayo de 1948, que termina la II Guerra Mundial, en la cual murieron más de seis millones de ellos en los campos de concentración. Luego, contra todos los pronósticos humanos, volvieron a regresar a su nación, ahora por segunda vez. En el año 1967 Israel sufrió la Guerra de los Cien Días y en 1973 la guerra de Yom Kipur. Entre ambos conflictos resistieron el ataque de más de cien millones de árabes. Contra todo vaticinio, después de dos deportaciones e innumerables guerras, la nación judía no perdió su identidad. Se dice que luego de cinco o seis generaciones, cualquier pueblo deportado es absorbido por la cultura de la nación en que se encuentra y pierde su identidad. No sucedió tal cosa con Israel. Ellos mantuvieron su identidad, costumbres y religión. Más aún, las naciones que los persiguieron desaparecieron y ellos siguen ahí. ¿Ha oído alguna vez hablar de un filisteo norteamericano? ¡Por supuesto que no!, porque el remanente del pueblo filisteo que quedó fue asimilado por las culturas en las que entraban. ¿Y de un judío norteamericano? ¡Seguro que sí! Su cultura siempre ha trascendido, por muy lejos que esté de su tierra.

En cuanto a que la descendencia de Abraham sería bendición para el resto de las naciones, ahí tiene usted a Alemania. El fascismo de Hitler, que mató más de seis millones de judíos, no se sostuvo en el poder, de las naciones antiguas que atacaron a Israel, ninguna existe. En contraste, el país de nuestros días que más ha defendido la identidad judía es Estados Unidos, en los momentos actuales, el país más próspero de toda la tierra. Creo que es suficiente para ser tan solo un ejemplo de tantos sobre la veracidad de la Biblia.

Este libro incomparable y único fue escrito durante un período de casi mil quinientos años, por más de cuarenta autores diferentes, de composición social diversa: militares (Josué), hombres de gobierno (Daniel), siervos de la corte (Nehemías), pescadores (Pedro), recaudadores de impuestos (Mateo), médicos (Lucas), etc. Fue, además, escrito en sitios tan diferentes como el desierto, la prisión, el exilio; en tres continentes distintos: Europa, Asia y África. Trata infinidad de temas controversiales. Sin embargo, a pesar de todo esto, la Biblia tiene unidad de principio a fin. En ella se describe, desde Génesis hasta Apocalipsis, el plan de Dios para salvar la humanidad. Esta salvación se consuma a través de Jesucristo, el cual testificó que él mismo era el tema de toda la Biblia. En Juan 14:6 dice Jesús: "... Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí." Y Juan 5:39, 46-47: "*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí...*" "*Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?*"

El Antiguo Testamento es la preparación del plan salvífico.
Los Evangelios son la manifestación.

El libro de los Hechos es la propagación.
Las epístolas dan la explicación y,
El Apocalipsis es la consumación del plan divino.

Permítasenos un ejemplo más, brevemente, este de cómo cuando la historia o la arqueología postulan que la Biblia se ha equivocado, finalmente, sale a la luz la verdad. Durante muchos años existía la creencia entre los historiadores y arqueólogos que o bien las ciudades de Sodoma y Gomorra nunca habían existido y eran meras fábulas o, por lo menos, de haber existido, no se hallaban en el sitio que las ubicaba la Biblia. Luego de cientos de años manteniendo esta afirmación y pretendiendo desacreditar la veracidad de la Escritura con ella, en 1989, el arqueólogo aficionado, Ron Wyatt conducía a lo largo del camino más allá de la parte occidental del Mar Muerto y encontró, como por casualidad, los vestigios de dos ciudades convertidas en cenizas, una al pie del Monte Masada, y la otra al pie del Monte Sodoma, precisamente donde se creía, según se deduce de las Escrituras, que estaban las ciudades de Gomorra y Sodoma. Aunque él había conducido a lo largo de este camino quizás treinta a cuarenta veces antes, esta vez repentinamente le parecieron las paredes y los edificios de una ciudad. Intentando investigar más a fondo, Wyatt encontró que en estas ciudades existen edificios como estructuras, todas integradas totalmente por ceniza. Hay cuartos a donde uno puede entrar hoy. Él encontró calles interconectadas, porciones de construcción y hasta una esfinge, todo dentro de una muralla tradicional de una ciudad antigua, completa y con contrafuertes. Varias puntas de lanza de bronce oxidadas fueron encontradas e incluso un esqueleto que se había convertido totalmente en ceniza fue encontrado en Sodoma. Con un radar generador de frecuencia molecular, Wyatt encontró sales de oro, el subproducto del oro vaporizado. Muestras del material fueron tomadas y al ser analizadas se comprobó era ceniza pura (Véase 2 Pedro 2:6). El material circundante es todo de roca marrón normal. La pregunta obvia sería si las ciudades fueron destruidas hace 3900 años, ¿cómo es él que la ceniza no se ha erosionado totalmente? La investigación mostró que los objetos quemados con sulfuro dejan un residuo de ceniza más pesada que el material original. Dentro de estas cenizas hay sulfuro puro, o bolas del azufre. ¡Ceniza y bolas de azufre! Eso es lo que queda de las ciudades de Sodoma y Gomorra, que según los científicos, nunca habían existido y eran fábulas bíblicas. Hoy nadie pone en duda la existencia de estas ciudades en el pasado, como tampoco se ponen en duda otros cientos de evidencias que muestran que la Biblia no miente. Si usted aún no lo cree, le puedo remitir unas 20 fotografías digitales que poseo acerca de dicho descubrimiento.

La Biblia, indudablemente, es veraz y es una unidad, como decíamos antes. Hay una armonía total entre todas sus partes que resulta inexplicable si la vemos como una coincidencia o una conspiración para engañarnos, pero que es un sólido argumento de su inspiración divina.

La Biblia es especial y es de carácter único. Ningún otro libro puede reclamar para sí tales credenciales. Ningún otro libro escrito jamás se acerca siquiera a ella.

Víctor Hugo, el famoso escritor francés, decía: “Inglaterra tiene dos libros, la Biblia y Shakespeare. Inglaterra hizo a Shakespeare, pero la Biblia hizo a Inglaterra.”

Lutero, el padre de la reforma y el mayor defensor del estudio de la Palabra de Dios por todos los hombres y no solo por un grupo limitado de ellos, por su parte, dijo: “Muchos potentados han luchado contra este libro, y han tratado de destruirlo y desarraigarlo – Alejandro el Grande y los príncipes de Egipto y Babilonia, los monarcas de Persia, de Grecia y de Roma, los emperadores Julio César y Augusto – pero no prevalecieron. Ellos ya desaparecieron, mientras que el libro permanece, y así quedará para siempre jamás, perfecto y entero, como se declaró al principio. ¿Quién lo ha ayudado? ¿Quién lo ha protegido contra tales poderosas fuerzas? Nadie, seguro, sino Dios mismo, quien es el amo de todas las cosas.”

No lo dude ni por un instante, hermano: ese libro que tiene en sus manos no es un libro más. Es un libro único. Es un libro vivo porque es la Palabra que nos ha legado el Dios vivo. La Biblia no es otra cosa que “... *la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones...*”, como dejó escrito el apóstol Pedro en 2 Pedro 1:19.

*Este escrito es una contribución de la agrupación para eclesiástica cubana: Ministerio **CRISTIANOS UNIDOS**.*

ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.